



*Un barco lleno de cangrejos*  
(Italo Calvino)

EN: “Por último, el cuervo”. CALVINO, Italo.  
Traducción de Aurora Bernárdez. Madrid: Siruela, 2011

Los chicos de la Plaza de los Dolores se dieron el primer baño del año un domingo de abril, con un cielo azul nuevecito y un sol alegre y joven.

Bajaron corriendo por las callejas empinadas haciendo revolotear los pantaloncitos de punto andrajosos, algunos arrastrando los zuecos por el empedrado, los más sin calcetines, para no tener que ponérselos de nuevo con los pies mojados.

Corrieron al muelle saltando por encima de las redes que se extendían en el suelo y se alzaban sobre los pies descalzos y callosos de los pescadores en cuclillas que las remendaban.

Se desnudaron entre los escollos, contentos de aquel olor agrio de viejas algas podridas y del vuelo de gaviotas que intentaba llenar el cielo demasiado grande. Escondieron las ropas y los zapatos en las grutas de los escollos provocando fugas de jóvenes cangrejos y empezaron a saltar descalzos y desnudos de un escollo a otro, esperando que alguno se decidiera a zambullirse primero.

El agua, de un azul denso, con reflejos verde crudo, estaba tranquila pero no era límpida. Gian Maria, llamado Mariassa, subió a la punta de un escollo alto y sopló apoyando el pulgar debajo de la nariz, con ese gesto suyo de púgil.

—Hale —dijo; juntó las manos y se zambulló de cabeza. Salió unos metros más lejos, escupiendo el agua por la boca como un surtidor y haciendo el muerto.



—¿Fría? —le preguntaron.

—Calentísima —gritó y empezó a dar furiosas brazadas para no congelarse.

—¡Muchachos! ¡Conmigo! —dijo Chichín que se las daba de jefe, aunque nadie le hiciera caso jamás.

Se zambulleron todos: Pier Linyera con una pirueta, Bómbolo con un panzazo, Paulo, Carruba y por último Menín, que tenía pánico al agua y se arrojó de pie, apretándose la nariz entre los dedos.

En el mar Pier Linyera, que era el más fuerte, les hizo tragar agua a todos, uno por uno; después los otros se pusieron de acuerdo y le hicieron tragar agua a Pier Linyera. Entonces Gian Maria, llamado Mariassa, propuso:

—¡El barco! ¡Vamos al barco!

El barco hundido por los alemanes estaba atravesado delante del puerto, obstruyéndolo. Más aún, había dos, uno encima del otro, el que se veía estaba apoyado sobre otro totalmente sumergido.

—Hale —dijeron los otros.

—¿Se puede subir? —preguntó Menín—. Está minado.

—¡Cuentos! ¡Qué va a estar minado! —dijo Carruba—. Los de la Arenella se suben cuando quieren y juegan a la guerra.

Se largaron a nadar hacia el barco.

—¡Muchachos! ¡Conmigo! —dijo Chichín que quería dárselas de jefe, pero los otros iban más rápido que él y lo dejaban atrás, salvo Menín que nadaba estilo rana y por esa razón era siempre el último de todos.

Llegaron al pie de la nave que alzaba sus flancos negros de alquitrán viejo, desnudos y mohosos, la estructura superior desmantelada contra el azul flamante del cielo.



Una barba de algas podridas subía desde la quilla cubriéndola y el viejo barniz se descascaraba en grandes placas: los chicos le dieron toda la vuelta, después se quedaron debajo de la proa mirando el nombre casi borrado: Abukir, Egypt.

La cadena del ancla oblicua y tensa oscilaba cada tanto con el ritmo de la marea, crujiendo en las enormes anillas herrumbradas.

—No subamos —dijo Bómbolo.

—No fastidies —dijo Pier Linyera y ya se había agarrado a la cadena con manos y pies. Trepó como un mono y los otros lo siguieron.

A medio camino Bómbolo resbaló y se cayó de barriga en el mar; Menín no conseguía subir y tuvieron que acudir dos a ayudarlo.

Una vez arriba dieron vueltas callados por la nave desmantelada, se pusieron a buscar la rueda del timón, la sirena, las escotillas, las chalupas, todas esas cosas que tenía que haber en un barco. Pero éste era un barco pelado como una almadía, cubierto solo por el estiércol blancuzco de las gaviotas.

Gaviotas había cinco, apoyadas en un flanco, y, al oír los pasos descalzos de la banda, alzaron el vuelo una tras otra con gran batir de alas.

—¡Uhá! —las imitó Paulo y arrojó a la última una tuerca que había encontrado.

—¡Muchachos: vamos a las máquinas! —dijo Chichín. Era cierto que jugar entre las máquinas, en la bodega, hubiera sido mejor.

—¿Se podrá ir al barco que hay debajo? —preguntó Carruba. Sería magnífico: estar allá abajo, todos encerrados, con el mar alrededor y encima, como en un submarino.

—¡El de abajo está minado! —dijo Menín.